

BUM BUM BUM BUM de Eva Serós Quintero

Me olvido de Leila cuando escucho techno. El sonido me envuelve y me separa de la gente, como un escudo, aunque me rocen, me empujen o me salpiquen de cubata. Formo parte de la masa de personas hacinadas en un sótano de ladrillo abovedado, balanceándonos al ritmo, adelante y atrás, pero el techno me atrapa en la guarida que es mi cuerpo, vibrando en mi piel.

Los bajos golpean rápido y los siento impactando en mis huesos. Hace rato que me duelen las lumbares, pero sigo. Estoy hipnotizada. El cuarto de pastilla que me he comido hace un rato en el baño empieza a hacer efecto. Respiro hondo esbozando una sonrisa y una oleada de algo que imagino pastoso y fosforito me sacude por dentro. Mi mente se apaga en todas sus áreas no implicadas en el ahora. Leila desaparece. Ya no veo su rostro quemado por el sol bajo el polvo blanco atorado en sus pestañas.

Mi amiga llega a mi lado, me rodea los hombros con su brazo y me besa tierna en la mejilla. Me pregunta si estoy bien, mirándome a los ojos con sus ojos de agujero negro. De puta madre, le digo. Se ríe agitando mi brazo y me suelta para seguir su propio viaje privado.

En la cabina, el DJ mueve la cabeza gacha mientras toquiea botones y controles desconocidos para mí. En la primera fila, tres amigos que se me antojan idénticos, con gafas de sol de Decathlon, pendientes y mohicana, atraviesan con las manos los barrotos de láser rojo que van del techo hasta el suelo, separando la mesa de mezclas de la zona de baile.

La música rompe en un estallido de ruidos de fábrica y un bombo grave, el público grita y levanta las manos, sacudiéndose con más fuerza. Se me eriza la piel de los muslos y miro a mi izquierda buscando a mi amiga, que baja y sube los puños

con los codos flexionados mientras imita el sonido con los labios. Bum bum bum bum. Me fundo con ella en los mismos movimientos apretando los labios.

Hidrato mi boca seca con un roncola aguado y templado. Observo las sensaciones del líquido dulce cayendo por mi garganta, siento cada parte de mi cuerpo, identifico por separado cada músculo implicado en mi baile de culto al olvido, el retumbar del sonido en mi caja torácica, la camiseta que acaricia mis pezones, la tirantez de mi pelo mal recogido en un moño y el sudor de mis axilas. 2

Más allá de los límites de mi cuerpo, solo existe lo que veo. Ya no hay Leila cubierta de polvo blanco, ni cabello arrancado. Lo que veo es la jauría de mandíbulas tensas que me protege y, de vez en cuando, alguna mirada encontrada entre los parpadeos de luz tenue. No nos conocemos, pero ahora mismo, somos hermanos. Un chaval joven con una cruz plateada colgada del cuello se me acerca bailando mientras me sostiene la mirada. Sonríe, creo, de manera seductora, aunque un tic nervioso que le hace agitar la cabeza levemente hacia un lado hace que resulte más bien ridículo. Le saco la lengua y le hago una pederreta a través del círculo de mis dedos índice y pulgar. Los hermanos no flirtean, bebé. Aquí no se viene a ligar. Se da media vuelta.

El espacio se reduce y otros cuerpos chocan con el mío en el vaivén de la danza. El DJ intensifica el ritmo de la música. Me muevo por inercia, no decido, no pienso, solo existo allí. El tiempo no pasa. No hay nada más que ocurra.

Una nube de humo blanco nos inunda y los barrotos de láser rojo comienzan a moverse, apuntándonos. Como francotiradores. La gente juega con las luces, queriendo agarrarlas. A mi lado, un tío alto abre la boca, dejando que la luz entre por ella. Sus dientes, su lengua y sus labios se tiñen de un rojo intenso. Los labios de Leila. Su rostro quemado del sol bajo el polvo blanco atorado en sus pestañas. Su pelo arrancado. La sangre en sus comisuras. Su cabeza separada del resto de su cuerpo.

Una ráfaga de pulsos fuertes arranca como colofón a la sesión. El bombardeo. El crujir de la roca, el crujir de los huesos. La música para. Silencio. La gente en el bar grita de euforia y yo solo escucho alaridos de desesperación. Se enciende la luz y me duele en los ojos. Un pitido en los oídos, humo blanco, polvo

blanco. La cara de Leila cubierta de polvo blanco, con apenas un mechón de pelo, la boca ensangrentada y sin un cuerpo al que unirse. Mucha gente alrededor, gritos, piernas, escombros, un chupete. Mucha gente hablando alto, caminando hacia la salida, golpeándome al pasar. Leila está conmigo, la veo nítida. El polvo en sus pestañas, el blanco de su cráneo. Mi amiga me coge la cara. La escucho lejana. Estás a salvo, amor, estás conmigo, ya no trabajas allí. No estás allí.

Me olvido de Leila cuando escucho techno. A veces consigo olvidarme de Leila cuando escucho techno. Es difícil olvidarme de Leila, incluso cuando escucho techno. Es difícil olvidarme de Leila, incluso cuando el resto del mundo olvida fácilmente que sigue la masacre.